

Donó á la ciudad el féretro de ébano y la mascarilla sacada por Antomarchi (grabado de la pág. 151), é instituyó, en la iglesia de la Misericordia, un beneficio perpetuo de 500 francos anuales, de los que 100 serían para costear el oficio fúnebre de aniversario y 400 para limosnas á los pobres de Porto-Ferraio (1).

Muerto el príncipe Demidoff, su sobrino y heredero Pablo vendió cuanto había en San Martino, en subasta efectuada en Florencia el 15 de Marzo de 1880. Entre los objetos curiosos que se subastaron, se contaban:

La escarapela que llevaba Napoleón el día de su llegada á Elba, y que cambió por la escarapela elbense: 290 francos.

Una partida de escarapelas elbenses: 116 francos.

Un costurero de malaquita esmaltado de abejas, perteneciente á la princesa Elisa, duquesa de Piombino: 330 francos.

Una taza de cuero, de que Napoleón se servía para beber agua en sus excursiones por la isla, y que regaló á su jardinero: 10 francos.

Un par de candelabros plateados, regalados al mismo jardinero por el Emperador: 10 francos.

El silbato de plata del contraamaestre de la falúa imperial, en la isla de Elba: 156 francos.

Una copia de la bandera del Emperador en la isla de Elba: sin precio de venta (2).

Posteriormente, adquirió la posesión de San Martino el opulento elbense Sr. del Buono, quien ha desechado muchos objetos heterogéneos allí existentes y se ocupa en reconstituir un nuevo museo. Por de pronto, tiene ya la magnífica cama de caoba que Leticia recibió de París y que, después de la partida del Emperador, expidió á Luca, en donde tal vez se serviría de ella la princesa Borghese, que durante los últimos años de su vida, pasó diversas temporadas en dicha ciudad, para tomar aguas. En Luca la adquirió el Sr. del Buono, á quien,

(1) BIENVENIDO GIUNTI: *El 5 de Mayo*, p. 18.

(2) *Catálogo de la venta San Donato*. (En el ejemplar existente en el departamento de grabados de la Biblioteca Nacional de París están escritos á mano los precios de venta.) Hay duda de que la bandera que se conserva hoy día en la casa de la ciudad de Porto-Ferraio, sea ó no esta misma copia, aunque parece más verosímil que sea otra copia sacada también por encargo del príncipe Demidoff y que éste regaló á la ciudad con el féretro y la mascarilla.

por otra parte, una familia de Porto-Ferraio le vendió el velador y servicio de café que tenía el Emperador en su aposento (1).

Precisamente entre los particulares hay que buscar los restos de la estancia de Napoleón en Elba. Yo he encontrado algunos de indudable autenticidad.

La señora Traditi, nieta del alcalde de Porto-Ferraio y chambelán del Emperador, me enseñó las llaves de la ciudad que su abuelo tuvo la honra de entregar á Napoleón, en una bandeja de plata, el 4 de Mayo de 1814. También posee algunas butacas del mobiliario de los Molinos, una miniatura del Emperador con el ver-

de uniforme de cazadores de la Guardia, guedejas postizas, un collar de perlas y un camafeo que á su abuela regaló la princesa Borghese al salir de la isla,

(1) Parece que Leticia expidió á Luca esta cama para su propio servicio al paso que enviaba á Roma el resto de los muebles, pues tuvo propósito de dirigirse, por de pronto, á Luca, tanto para tomar las aguas termales de esta ciudad como para estar más cerca de su hija Paulina, que había caído enferma en Viareggio. (*Carta del cardenal Fesch á Carolina Murat*, citada por Larrey, t. II, p. 105.)

Roma 15 février 1820.

Io ricevuto, con piacere, la scatola di frappe secche, che la buona Madama traditi mi ha mandato. Io ringrazio molto e la prego di accettare questo piccolo ricordo che gli mando e credetevi sempre un ricordo di lei con piacere. Spero che gli sarà gradito di avere due ventagli di me prego di fare i miei complimenti a suo marito, e a tutta quella di Porto-Ferraio, che si ricorda di noi.

Paulina Borghese

Un autógrafo de Paulina Borghese, que obra en poder de la familia Traditi, una de las principales de Porto-Ferraio.

y un hermoso abanico de marfil labrado, con pinturas chinescas, que desde Roma mandó Paulina, cinco años después, «á la buena señora Traditi», en correspondencia de un cajón de higos secos (1).

También me enseñó la carta que, fechada en París, el mariscal Bertrand escribió al Sr. Traditi, participándole la llegada de S. M. á las Tullerías y que regalaba á la ciudad el retrato de cuerpo entero que adornaba el salón de sesiones (2).

El Sr. Squarci, cuyo abuelo fué médico del hospital militar de Porto-Ferraio en la época de Napoleón, posee el original de la *Nota 15* del *Registro de la isla de Elba*, firmada por el Emperador, en la que ordena á Drouot que forme una compañía de artilleros con los soldados polacos sin montura. El Sr. Squarci tiene en su bodega dos ó tres docenas de botellas vacías, marcadas con una *N* laureada, y su hija, la Srta. Squarci, gusta de ponerse el traje de satén blanco que su abuela llevaba en las fiestas de los Molinos (grabado pág. 289).

El Sr. Bigeschi, actual alcalde de Porto-Ferraio, cuyo bisabuelo formó parte en 1815 de la junta provisional de gobierno, conserva el pasaporte que el Papa expidió á la madre de Napoleón cuando fué á la isla de Elba, con el nombre de Sra. de Pont.

Gracias al estancamiento de la vida social en la pequeña isla, conservan aún todos estos objetos las familias poseedoras, que podrían cooperar á la reconstitución del museo de San Martino y promover la afluencia de extranjeros á Elba.

El telón de boca del teatro, que representa á Napoleón en figura de Apolo, resiste desde hace un siglo, al servicio de cuantas compañías actúan en la isla; pero cada día se estropea más, y bien merece ya reposar en el museo Demidoff (3).

(1) La carta que acompañaba al abanico dice así: «Roma 15 de Febrero de 1820 He recibido con sumo gusto el cajón de higos secos que me ha mandado la buena señora Traditi. Lé doy las más expresivas gracias y le ruego que acepte el modesto recuerdo que le envío y que esté segura de que siempre me acuerdo de ella con placer. Creo que se complacerá en tener dos abanicos míos. Le suplico que de mi parte dé expresiones á su marido y á cuantos se acuerden de mí en Porto-Ferraio.—*Princesa Paulina Borghese.*» La carta menciona dos abanicos. El otro se perdería posteriormente.

(2) Este retrato ha desaparecido. El hoy existente lo regaló el príncipe Demidoff.

(3) Los altos hornos, recientemente instalados en Porto-Ferraio y hoy en plena actividad para la fundición del mineral de Río Marina, matarán dentro de poco el viejo aspecto de la isla, pues no sólo enturbian el cielo con el humo y el suelo con las escorias que ya forman montaña, sino que amenazan cautivar en tuberías las rumorosas fuentes de Marciana. La arrogante raza femenina decaerá al mezclar su sangre con los advene-

\* \* \*

El cura Soldani, á quien encontraba cada día dispuesto á servirme gustosamente, y que había querido inscribirme como miembro honorario de la cofradía de penitentes blancos (sin obligación por ello de volver á París con cogulla), prometió llevarme una mañana á la iglesia de la Insigne Archicofradía del Santísimo Sacramento, y enseñarme la sacristía, con sus relucientes armarios y vetustas paredes impregnadas de incienso.

Sacó de un cajón un marco dorado que circuía una *Soledad*. Es el cuadro que, en vez de crucifijo, colgaba de la cabecera de la cama del Emperador y ante él se arrodillaba mañana y noche, con la vaga creencia de que una plegaria suya, que se figuraba estar más cerca de Dios que los demás, podría torcer tal vez en su favor los decretos del destino. Y, sin embargo, su madre, que también oraba con la misma supersticiosa devoción ante aquel cuadro, no pudo recibir en su regazo el cadáver de su hijo, como María el de Cristo.

El cura me aseguró que un celoso cofrade había comprado tiempo atrás aquella reliquia, para regalarla á la iglesia titular, en memoria de haber asistido á ella el Emperador, con toda su corte, el 29 de Mayo de 1814, fiesta de Pentecostés, para oír la misa de San Cristino, según atestiguan los polvorientos archivos del Capítulo (1).

El buen cura Soldani sacó después, de un armario, un paquete de telas cuidadosamente envueltas y espolvoreadas con alcanfor. Eran riquísimos bordados de seda, con guirnaldas de flores artificiales de tela. Sus brillantes matices, algo amarillentos, ofrecían aquel aspecto de infinita dulzura de las cosas viejas. Provenían, sin duda, del saqueo de Piombino y habían servido de edredón, mosquitero y pabellón del lecho imperial, en el palacio de los Molinos. Adquiriólas la junta de obra de la iglesia para tapizar el trono del obispo de Ajaccio, cuando oficiaba de pontifical en la isla de Elba.

dizos. Las calles de Porto-Ferraio se ensucian, las subsistencias se encarecen, escasean las viviendas y han aparecido los primeros ladrones allí donde los vecinos dejaban abiertas por la noche sin temor alguno las puertas de su casa.

(1) *Registro de la Insigne Archicofradía del Santísimo Sacramento de Porto-Ferraio*, p. 86.—PONS DE L'H., p. 227 y 228.

Antes de salir de la isla me rogó el sacerdote que le permitiese llevarme á presencia de su anciano padre, que, según me dijo en francés chapurrado, aunque más correcto que mi italiano, «estaba ciego y quería verme».

Le seguí. En el primer piso de una casa con escalera de piedra, con vistas á la admirable bahía en donde iba yo á embarcarme al día siguiente, en un espacioso aposento cuadrilongo desnudo, estaba un hombre viejo y ciego, sentado en un sofá de caoba estilo imperio, en cuyos florones campeaban cisnes entre adornos de liras. Otro resto del pasado que allí tenía su refugio.

—Mi señor padre,—dijo el sacerdote, presentándome.

El buen hombre no pareció habernos oído, porque á más de ciego era casi sordo. Llevaba echado á los hombros un abrigo, con las mangas colgantes, y se calentaba las huesudas manos en un primitivo brasero de tierra refractaria, puesto sobre un escabel entre sus piernas. Sus apagados ojos se fijaban en el techo, que para él era el cielo, pues nada se interpone entre la imaginación de un ciego y el objeto de su pensamiento.

El sacerdote le golpeó cariñosamente en el hombro y le dijo al oído:—¡El señor francés!

Levantóse entonces el viejo, con lentitud que para su debilidad era rapidez, y movió los brazos hacia mí. Acerquéme á él, le tomé la mano y preguntó: «¿Es él?» Y como si hablara consigo mismo, exclamó: «¡Francés... el Emperador... mi padre... Waterloo!...» Después empezó á decir verbosamente: «¡Caballero, yo soy hijo de un soldado de Waterloo! Mi padre conoció á Napoleón cuando era rey de la isla de Elba. ¡Viva eternamente Napoleón! Mi padre había ya servido en las filas del ejército de Italia. A su lado estaba en el puente de Lodi, en clase de sargento de caballería. Un diluvio de balas caía sobre el regimiento, que se esforzaba en atravesar el puente, y los soldados que no caían muertos ó heridos, retrocedían. Entonces mi padre vió cómo el general Bonaparte empuñaba la bandera del regimiento, plantándola en medio del puente, al mismo tiempo que gritaba:—¡Todavía no está fundida la bala que me ha de matar!—El Emperador era valiente y no tenía miedo á la muerte. En la isla de Elba, mi padre pertenecía á la guardia personal del Emperador y le escoltaba en todas partes. El Em-



ELISA, HIJA DE MARÍA ANA ELISA, HERMANA DE NAPOLEÓN I, GRAN DUQUESA DE TOSCANA  
(Cuadro del Museo Municipal de Ajaccio.)